

## Misterio Pascual

*Fernando Torre, msps.*

### **Jueves Santo: SIGNOS DE LA PRESENCIA**

Un jueves, Jesús se reúne a cenar con sus apóstoles. Muchas otras veces ha compartido con ellos los alimentos y la amistad. Pero esta vez es diferente; sabe que sus adversarios tramán algo; intuye que su muerte está cercana. Es una cena de despedida.

Antes de que los aviones acortaran tanto las distancias, los españoles que venían a México se despedían *para siempre* de sus familiares. Entonces se hacían indispensables unos signos que mantuvieran vivo, en el hogar y en el corazón de los padres, el recuerdo del hijo: una fotografía tomada junto a la Virgen de la Covadonga, un «Os quiero mucho» dejado en un papel sobre la mesa, el comer la fabada –que tanto le gustaba al hijo– cada aniversario del día de la partida...

Ese jueves, Jesús deja tres signos, para recordarnos que él está siempre con nosotros, aunque no lo veamos.

Un poco de pan y de vino, por la acción del Espíritu Santo, se transforman en el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo y se nos dan en alimento. Sólo el amor es capaz de inventar tal milagro.

Jesús quiere que algunos de sus discípulos lo representen ante los demás, para que todos podamos verlo después de su ascensión. Escoge a unos hombres frágiles, limitados y pecadores y los unge con su Espíritu. Serán sus sacramentos vivos, transmisores de su amor.

Jesús lava los pies a sus discípulos y, así, nos muestra que el amor es servicio humilde. Nos manda que nos amemos mutuamente como él nos ha amado (cf. Jn 15,12). El amor entre nosotros produce su presencia: *Donde hay amor, allí está Dios.*

La Eucaristía, el sacerdocio ministerial y el amor fraterno son distintas maneras de la presencia de Jesús entre nosotros.

## **Viernes Santo: EL CRUCIFICADO**

Es una pena que nos hayamos acostumbrado a ver la imagen de Jesucristo crucificado, pues ya casi no nos dice nada. Difícil nos resulta recordar si en la casa de un amigo o en un local que hemos visitado había o no un crucifijo. Mirar al Crucificado debería causarnos la misma impresión, honda e imborrable, que si viéramos en una casa la fotografía de un pariente fusilado o ahorcado.

En algunas culturas el crucifijo es rechazado: ven a un hombre agonizante o muerto, cuyas manos y pies están atravesados por clavos; con una corona de espinas; que tiene la espalda herida por la flagelación; con sangre por todas partes. Nosotros también vemos esto ¡y permanecemos indiferentes!

Un día, mientras yo presidía una celebración, una niña de tres años de repente estalló en lágrimas; su rostro se llenó de horror. ¿La causa? Había visto de cerca una imagen, de tamaño natural, de Cristo crucificado.

Contemplar al Crucificado debería suscitar nos *vergüenza y arrepentimiento*, pues Jesús fue asesinado por nosotros. La cruz de Cristo es el signo del odio que le tenemos a Dios, es el signo de nuestro rechazo a su amor. ¿Qué siente una madre al mirar el rostro de su hija, quemado por aceite hirviendo que ella derramó?

Por otra parte, al contemplar al Crucificado deberíamos experimentar *gratitud, alegría y orgullo*, pues la cruz es el signo del amor del Padre a la humanidad. Es el signo del amor que Jesucristo nos tiene: «nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). Es el signo del amor de Jesús a su Padre. Y es también el signo del amor que los humanos le tenemos a Dios; Jesús es verdadero hombre, no lo olvidemos.

El Crucificado es el signo más denso y elocuente; no dejemos que la costumbre nos arrebatase su significado.

## **Sábado Santo: DIOS HA MUERTO**

Jesús está en el sepulcro. Todo parece haber terminado. María Magdalena, las demás mujeres y los apóstoles no salen de su desconcierto. Con honda pena recuerdan los acontecimientos del día anterior: el camino hacia el Calvario, la crucifixión, la interminable agonía, las burlas, la muerte, la sepultura. Luego, el regreso a casa con la orfandad a cuestas; la noche casi sin conciliar el sueño; la soledad más sola.

Es sábado. El sábado más largo y triste de la historia.

Fue tan trágico lo vivido en el Calvario, fue tan real la muerte del Maestro, que sienten que también ha muerto la esperanza. Y sin esperanza, sólo queda abierto el camino de la tristeza, la depresión y el suicidio.

¡Dios ha muerto! Todo fue un engaño. La muerte tiene la última palabra. Adiós a las esperanzas de liberación (cf. Lc 24,21), a los sueños del Reino, a las promesas de vida abundante.

Las mujeres quieren ir al sepulcro a embalsamar un cadáver.

¿Hablamos sólo de lo que pasó hace veintiún siglos o será ésta también una imagen de lo que vivimos ahora? Dios ha muerto en tantos corazones; para muchos la vida carece de sentido. Tanta gente vive sin esperanza, sin gozo, sin paz; el mundo se hunde a causa del odio, la injusticia, el hambre, las guerras. Parece que la humanidad vive en un perenne Sábado Santo.

Sin embargo, en aquella oscuridad, la Madre mantiene viva en la Iglesia la llama de la esperanza. A pesar de la evidencia del Calvario, a pesar del cadáver en la tumba, María sigue creyendo en la promesa de que, al tercer día, su Hijo resucitará de entre los muertos (cf. Mc 8,31; 9,31; 10,34). Desconoce cómo será, pero sabe que Dios es fiel y que nada es imposible para él.

Está amaneciendo. Es domingo.

## **Domingo de Pascua: RESUCITÓ**

Hay quienes piensan que la muerte de Jesús fue en vano, y su resurrección, una fantasía, pues el mundo sigue lleno de odio, tristeza, egoísmo y desesperanza.

Los cristianos creemos que la resurrección de Jesucristo transformó nuestra vida y cambió el sentido de la historia. Si no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe, estériles nuestros esfuerzos por construir un mundo más justo y fraterno, ilusoria nuestra esperanza de vida eterna (cf. 1Co 15,17).

La resurrección no es un hecho aislado en la vida de Jesús; está vinculada, hacia el pasado, con su encarnación, vida oculta, vida pública, pasión y muerte; y hacia el futuro, con la ascensión, la glorificación a la derecha del Padre y el envío del Espíritu Santo.

*¡Jesucristo resucitó!* Ha vencido al pecado y a la muerte. Somos libres. Tenemos vida nueva.

Cada año celebramos la Pascua. No es el recuerdo de un hecho pasado, sino la actualización de la muerte y resurrección de Jesucristo. Es un morir con Cristo, a fin de vivir para él, con él y como él.

El Resucitado se nos manifiesta de múltiples maneras, para que tengamos un encuentro vivo con él. Nos comunica su Espíritu Santo. Este Espíritu nos lanza a anunciar a todos la buena noticia de la resurrección y nos capacita para construir el Reino.

Nuestro mundo, que parece agonizar, necesita escuchar el anuncio gozoso de la resurrección de Jesucristo. Sin embargo, las gentes ya están cansadas de palabras; lo único que puede convencerlas de la realidad de la resurrección es que los cristianos rebosemos de amor y alegría, de solidaridad y esperanza; que vivamos como personas resucitadas.